



## CAPITULO XL.

Los reyes pasan á Aragon.—Incurcion en Granada.—Guerra fronteriza.—Embajada de Maximiliano.—Preparativos para el sitio de Baza.—Toma D. Fernando el mando del ejército.—Situacion y fortaleza de Baza.—Ataque del jardin de esta plaza.—Desconfianza de los caudillos españoles.—Disipala doña Isabel.—Tala de los jardines.—La ciudad es circunvalada por completo.—Embajada del Soldan de Egipto.—Constrúyense casas para el ejército.—Subordinacion y disciplina de este.—Terrible tempestad.—Energia de doña Isabel.—Sus patrióticos sacrificios.—Resolucion de los sitiados.—Visita doña Isabel el campamento.—Suspension de hostilidades.—Rendicion de Baza.—Condiciones de la entrega.—Ocupacion de la ciudad.—Tratado de sumision del Zagal.—Penosa marcha del ejército español.—Entrevista de D. Fernando con el Zagal.—Ocupacion de los dominios del Zagal.—Equivalente que se le asignó.—Dificultades de esta campaña.—Popularidad é influencia de doña Isabel.—Escritores particulares; Pedro Mártir.

Durante el otoño de 1487, D. Fernando y doña Isabel, acompañados de los jóvenes vástagos de la familia real, pasaron á Aragon, con el fin de obtener de las Córtes el reconocimiento del príncipe D. Juan como inmediato sucesor, el cual tenía entónces diez años, así como tambien con el de reprimir los desórdenes que en aquel país se habian introducido durante la prolongada ausencia de sus monarcas. Con este objeto, las ciudades principales y las comunidades de Aragon acababan de adoptar la institucion de la Hermandad, organizada sobre principios semejantes á los que la regian en Castilla. Don Fernando, en cuanto llegó á Zaragoza en el mes de Noviembre, dió á esta asociacion su sancion real, prolongando hasta cinco años el término de su existencia, medida que disgustó en extremo á la gran nobleza feudal del reino, cuyo poder, ó mejor dicho, abuso de poder, se limitaba considerablemente por aquella fuerza militar popular.

Los soberanos, cumplido que hubieron los objetos de su vista, y despues de conseguir de las Córtes ciertos subsidios para la guerra con-

tra los moros, pasaron á Valencia, y aquí se adoptaron tambien medidas de igual fuerza y energia para restablecer la autoridad de las leyes, la cual estaba expuesta á caidas tan continuas en aquellos tiempos turbulentos, áun en los gobiernos mejor organizados, que era precisa, para protegerla, la más exquisita vigilancia por parte de aquellos á quienes el supremo poder ejecutivo se hallaba confiado. Desde Valencia marchó la córte á Murcia, en donde don Fernando en el mes de Junio de 1488 tomó el mando de un ejército que no llegaba á veinte mil hombres; fuerza escasísima, si se la compara con la que en ocasiones tales solia levantarse, porque se creyó prudente dejar que la nacion descansase algun tanto, despues de los grandes esfuerzos que por tantos años consecutivos habia tenido que hacer.

Don Fernando, habiendo cruzado las fronteras orientales de Granada, á poca distancia de Vera, que le abrió muy prontamente sus puertas, tomó el camino por el sesgo meridional de la costa, llegando hasta Almería; y desde allí, despues de haber sufrido algun tanto, á

consecuencia de una salida de su guarnicion, marchó, rodeando al Norte, sobre Baza, con el objeto de reconocer su posicion, puesto que eran sus fuerzas insuficientes para ponerla sitio. Allí, una division del ejército, mandada por el marqués duque de Cádiz, se dejó atraer á una emboscada que le preparaba el astuto y anciano monarca, el Zagal, que se hallaba en Baza con fuerzas considerables; pero D. Fernando, habiendo logrado sacar sus tropas, aunque no sin dificultades y sin alguna pérdida de tan peligrosa situacion, se retiró á sus dominios por el camino de Huescar, en cuyo punto licenció su ejército, y él se fué á tributar sus oraciones á la cruz de Caravaca. Esta campaña, aunque no fué señalada por ningun hecho de armas brillante, y más bien puede decirse que se concluyó con algunos pequeños reveses, produjo, sin embargo, la reduccion de un número considerable de fortalezas y pueblos de orden inferior.

El caudillo moro el Zagal, orgulloso con sus recientes triunfos, hizo frecuentes incursiones en los territorios cristianos, llevándose por delante los rebaños, ganados y sezonadas cosechas del infeliz labrador, al paso que las guarniciones de Almería y Salobrena, y los intrépidos habitantes del valle de Purchena hacian igual guerra devastadora por las fronteras orientales de Granada y Murcia. Para atajar estos males, los monarcas españoles reforzaron su línea fronteriza con nuevas levás, al mando de Juan de Benavides y Garcilaso de la Vega; y al mismo tiempo acudieron á ella de todas partes, como teatro de la guerra, multitud de caballeros cristianos, cuyas proezas se hallan en muchos romances moriscos referidas.

Durante el invierno siguiente de 1488, don Fernando y doña Isabel se ocuparon en el gobierno interior de Castilla, y principalmente en la administracion de justicia. Con este fin nombraron una comision con el encargo especial de vigilar la conducta de los corregidores y demas ministros subalternos; «de modo, dice Pulgar, que cada uno tenia muy buen cuidado de cumplir fielmente su deber para librarse del castigo, que estaba seguro habia de caer sobre él en otro caso.

Estando los reyes en Valladolid, recibieron una embajada de Maximiliano, hijo del emperador Federico IV de Alemania, pidiéndoles que le ayudasen en sus intentos contra Francia, á fin de recobrar el ducado de Borgoña, que le correspondia como herencia legítima de su difunta esposa, y obligándose en cambio á apoyar sus pretensiones sobre el Rosellon y la Cerdaña. Los monarcas españoles tenian, hacia ya mucho tiempo, multiplicadas causas de disgusto con la córte francesa, ya con respecto al territorio hipotecado del Rosellon, y ya por lo que tocaba al reino de Navarra, y miraban además con celosa vigilancia el sucesivo aumento de poder de su formidable enemigo sobre sus mismas fronteras. En el verano anterior habian sido inducidos á hacer un armamento en Vizcaya y Guipúzcoa, para sostener al duque de Bretaña en sus guerras con la famosa Ana de Beaujeu, regente de Francia, á cuya expedicion, que tuvo desgraciados resultados, se siguió otra en la primavera del año siguiente; pero á pesar de estas distracciones accidentales de la gran obra de reconquista que habian acometido, tenian muy poco tiempo para ocuparse en operaciones muy extensas de esta especie; y así es, que aunque entraron en el tratado de alianza que Maximiliano les propusiera, no parece que fué su ánimo intentar movimiento alguno importante, antes de la terminacion de la guerra contra los moros. Los embajadores flamencos, despues de haber sido obsequiados por espacio de cuarenta dias de una manera capaz de impresionarles, é inspirarles las más elevadas ideas acerca de la magnificencia de la córte española, fueron despedidos con magníficos presentes, y se volvieron á su país.

Estas negociaciones manifiestan la creciente intimidad que entre los diversos Estados de Europa se iba estableciendo, los cuales, á medida que arreglaban sus diferencias intestinas, quedaban en disposicion de observar lo que fuera de ellos pasaba, y de entrar en el más extenso campo de la política internacional. El tenor de este tratado indica tambien la direccion que los negocios habian de tomar luégo que las grandes potencias llegasen á encon-



trarse abiertamente en un teatro comun de operaciones.

Todos los pensamientos se concentraban ahora en la persecucion de la guerra de Granada, la cual se determinó activar en más extensa escala que hasta entónces, á pesar de la terrible peste que durante el año anterior affligiera al país, y de la gran escasez de granos, debida á las inundaciones causadas por las lluvias excesivas, en las fértiles provincias del Mediodía. El gran objeto que esta campaña se propuso, fué la rendicion de Baza, capital de una de las dos partes en que el imperio granadino se dividiera, y que pertenecia al Zagal. Además de esta ciudad importante, los dominios de este monarca abrazaban el opulento puerto de Almería, Guadix y otras muchas ciudades y pueblos de menor importancia, así como tambien la region montañosa de las Alpujarras, abundante en riquezas minerales, y cuyos habitantes, famosos por la perfeccion á que habian sabido elevar la industria de la sedería, eran igualmente nombrados por su intrepidez y valor en la guerra; de modo que los Estados del Zagal comprendian la parte más poderosa y opulenta del imperio.

En la primavera de 1489, pasó á Jaen la córte de Castilla, en cuyo punto pensaba la reina fijar su residencia, como el más á propósito para sostener la comunicacion con el ejército invasor. D. Fernando siguió su marcha hasta Sotogordo, en donde se puso el 27 de Mayo á la cabeza de una hueste numerosa, que ascendia á quince mil caballos y ochenta mil infantes, contando á toda clase de personas, entre las cuales se hallaba, como de costumbre, aquella lucida tropa de los nobles y caballeros, los cuales, con sus magníficas y bien equipadas comitivas, solian seguir el estandarte real en estas cruzadas.

El primer punto contra el que las operaciones se dirigieron, fué la fortaleza de Cujar, distante dos leguas solamente de Baza, la cual se entregó despues de una corta pero desesperada resistencia; y su ocupacion, así como la de algunos otros castillos inmediatos, facilitaron la aproximacion á la capital de los Estados del Zagal. Cuando el ejército español trepaba por

las alturas de la cordillera de montañas que sobre Baza se elevan por la parte del Poniente, viéronse sus avanzadas amenazadas por multitud de tropas ligeras de los moros, que descargaron sobre ellas una nube de proyectiles de todas clases; pero fueron prontamente dispersadas por la vanguardia de los cristianos, y éstos, luégo que coronaron las cimas de los montes, pudieron contemplar la majestuosa ciudad de Baza, reposando á la sombra de la elevada sierra que se extiende hácia la costa, y situada en el centro de un fértil valle que tiene ocho leguas de largo por tres de ancho, y por medio del cual se deslizaban las corrientes del Guadalentin y del Guadalquivir, cuyas aguas se esparcian por mil canales por toda la superficie de la vega. En medio de la llanura, y tocando casi á los arrabales, se dejaba ver la huerta ó jardin, que así se llamaba, de Baza, cuya extension es de una legua, cubierto de frondosos bosques, y de numerosas granjas y casas de recreo de opulentos ciudadanos, las cuales ahora se veian convertidas en otras tantas fortalezas. Los arrabales estaban cercados por unas tapias bajas; pero las fortificaciones de la ciudad eran de singular resistencia. La plaza, además de diez mil hombres de los suyos, estaba guarnecida con otros tantos de Almería, gente toda escogida, y capitaneada por el príncipe moro Cidi Yahye, pariente del Zagal, el cual se hallaba á la sazón en Guadix, preparado á defender sus dominios contra cualquiera movimiento hostil por parte de su rival de Granada. Estos veteranos tenian la orden de defender la plaza hasta el último extremo; y como habian tenido tiempo suficiente para prepararse, la ciudad estaba provista de bastimentos para quince meses, y hasta la recoleccion de los frutos de la vega se habia hecho ántes de que éstos estuviesen en sazón, á fin de evitar el que cayeran en manos del enemigo.

El primer objeto que se propusiera el ejército cristiano, luégo que hubo llegado ante los muros de Baza, fué apoderarse del jardin, sin lo cual era de todo punto imposible establecer un bloqueo riguroso, porque la multitud de sus avenidas facilitaba á los de la ciudad abundantes medios de comunicacion con el país comar-



cano. Confióse el asalto al gran maestre de Santiago, sostenido por los principales caballeros y el mismo rey en persona; pero el modo con que el enemigo los recibiera, fué tal, que les hizo conocer los peligros y la desesperada oposicion con que tenian que luchar en el presente sitio.

Aquel terreno quebrado, cubierto de caminos y senderos, y que desaparecia, digámoslo así, bajo sus árboles y edificios, en extremo á propósito para la táctica astuta y engañosa de los moros. La caballería española fué desde luégo conducida al ataque; pero como el sitio no le permitia maniobrar, tuvieron que desmontarse los jinetes, y marchar á pié, guiados por sus oficiales, á la pelea. Los soldados, sin embargo, no tardaron en verse separados de sus banderas y capitanes; y el mismo don Fernando, que desde un punto céntrico procuraba dominar el campo, con el objeto de acudir á sostener el ataque allí donde fuera necesario, dejó tambien muy pronto de ver á sus columnas, entre los barrancos y espesas nubes de follaje que por todas partes interceptaban la vista. Dióse la batalla, por lo tanto, cuerpo á cuerpo, y en la mayor confusion; pero los españoles continuaron avanzando, y despues de un desesperado combate de doce horas, en el que perecieron los más bravos de ambos lados, y en que Reduan Zafarga, caudillo musulmán, perdió sucesivamente cuatro caballos, tuvo que cejar el enemigo, que fué á ampararse detrás de las trincheras de los arrabales, mientras que los españoles, construyendo á toda prisa una empalizada, sentaron sus reales sobre el campo mismo de batalla.

A la mañana siguiente tuvo D. Fernando el disgusto de observar que el terreno, por lo quebrado y montuoso que era en demasía, no servia para establecer en él un campamento general. El abandonar esta posicion, sin embargo, en presencia del enemigo, era maniobra delicada, y expuesta necesariamente á producir grandes pérdidas; pero obvió aquél este inconveniente, por medio de una feliz estratagemma, y fué que mandó dejar en pié las tiendas más inmediatas á la ciudad, y consiguió de este modo retirar la mayor parte de sus fuerzas

antes de que el enemigo se apercibiese de su intencion.

Despues de volver á su anterior posicion, celebróse un consejo de guerra para deliberar acerca del plan que en adelante debería seguirse. Los caudillos, al examinar las dificultades de su situacion, se llenaron de desaliento, porque desesperaban casi de poder establecer el bloqueo de una plaza cuya situacion peculiar le daba tales ventajas; y aun dado caso de que esto llegara á efectuarse, el campamento estaría continuamente expuesto, decian, á los asaltos de una guarnicion desesperada, por una parte, y á los de la populosa ciudad de Guadix por otra, que apenas dista de aquélla siete leguas, al paso que debia esperarse que la buena fe de Granada difícilmente se conservaria despues de un solo reves de fortuna; de modo, concluian, que más bien que sitiadores deberían ellos tenerse por sitiados. Para aumento de males, el invierno entraba frecuentemente con mucho rigor en esta region; y los torrentes, que de las montañas se precipitaban, juntándose con las aguas de la vega, podian causar en el campamento una inundacion, que si no le destruia por completo, le dejaria, al ménos, expuesto á los peligros del hambre, cortando toda comunicacion con el país adyacente. Bajo el peso de tan sombrías impresiones, instaban á D. Fernando muchos de los del consejo á que levantara el campo desde luégo, y á que desistiera de todo intento contra Baza, hasta que la sujecion del país comarcano hiciese su rendicion comparativamente fácil; con cuyo parecer se conformaba tambien el marqués de Cádiz, siendo Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, y caballero que merecidamente gozaba de alta estima en la confianza del monarca, el único que á él se opuso decididamente. En duda semejante, D. Fernando, como solia hacerlo en apuros de esta naturaleza, resolvió aconsejarse con la reina.

Recibió doña Isabel los despachos de su marido á las pocas horas de haberse escrito, por medio de un sistema regular de correos establecido entre el campamento y Jaen, en donde ella residia; y su lectura causó en su alma una impresion profunda de tristeza, por-



que veía claramente que sus poderosos preparativos iban á desvanecerse como el humo que se lleva el viento. Sin tomar, sin embargo, sobre sí la responsabilidad de decidir la cuestion propuesta, suplicó á don Fernando que no desconfiase de la Providencia, que, á través de tantos peligros, les habia conducido á la realizacion de sus proyectos; le hizo presente que nunca la fortuna de los moros se habia visto tan humillada como al presente, y que nunca, probablemente, podrian los españoles volver á comenzar sus campañas con tan formidables aprestos ó bajo tan felices auspicios como ahora, en que ni un sólo revés de importancia habian sufrido sus armas; y concluía prometiendo que si sus soldados querian cumplir como buenos con su deber, podian confiar en ella, que no faltaria al suyo, proveyéndoles de cuanto les fuera necesario.

El tono jocoso de esta carta produjo un efecto instantáneo, acallando los escrúpulos de los más tímidos, y asegurando en su confianza á los restantes. Los soldados, en particular, que habian recibido con disgusto algunas inteligencias de lo que en el consejo pasaba, la recibieron con general entusiasmo, y todos los corazones parecia que ansiaban ahora solamente exceder á los deseos de su heroica reina, prosiguiendo el sitio con el mayor vigor posible.

Distribuyóse, por lo tanto, el campo en dos cuarteles: el uno á las órdenes del marqués duque de Cádiz, sostenido por la artillería, y el otro á las del rey don Fernando por la parte opuesta de la ciudad. Entre los dos se extendia el jardín ántes mencionado, cuya longitud, como se ha dicho, era de una legua; de modo, que á fin de poner en comunicacion las obras de los dos campamentos, fué necesario asegurarse en la posesion de aquel terreno disputado, y limpiarle de las espesas arboledas que le cubrian.

Esta operacion trabajosa se confió al comendador de Leon, y la obra se hizo bajo la proteccion de un destacamento de siete mil hombres situados de modo que contenian las salidas de los sitiados; pero á pesar de estar empleados en ella cuatro mil *taladores*, era el bosque tan espeso, y tan terribles las salidas

que de la ciudad hacian, que no adelantaba la corta más de diez pasos por día, y no quedó concluida sino al cabo de siete semanas. Luégo que estuvieron arrancadas aquellas antiquísimas frondosidades, que fueron por tantos años adorno á la par que defensa de la ciudad, hicieron preparativos para poner en comunicacion los dos campamentos, abriéndose al efecto un foso profundo por el cual se dirigieron las aguas de las montañas, y fortificándose al mismo tiempo sus orillas con estacadas construidas con los troncos que acababan de cortarse, y con fuertes torres, además, de mampostería, levantadas con la debida proporcion de distancias de una á otra. Así se completó el cerco de la ciudad por la parte de la vega.

Quedaban, sin embargo, abiertos todavía algunos medios de comunicacion por el lado opuesto de la sierra, y para cortarlos, se construyeron otras defensas de igual fuerza, que consistian en dos murallas de piedra separadas por un profundo foso, y que se extendian así por los picachos como por los abismos de las montañas, hasta tocar los extremos de las fortificaciones de la llanura. Baza quedó, de esta manera, encerrada dentro de una línea no interrumpida de circunvalacion.

Durante el curso de este penoso trabajo, en el cual estuvieron ocupados diez mil hombres, bajo la direccion del infatigable comendador de Leon, por espacio de dos meses, hubiera sido fácil al pueblo de Guadix ó al de Granada, si hubieran obrado de concierto con las salidas de los sitiados, poner al ejército cristiano en gran aprieto; pero si alguna demostracion hicieron de ello en Guadix, fué tan débil, que con la mayor facilidad se evitó este conflicto. Verdad es, que el Zagal se veía detenido por el temor de abandonar sus Estados á merced de su rival, si él marchaba contra los cristianos; y Abdallah, por su parte, permanecía dado al ocio en Granada, incurriendo en el odio y el desprecio de sus súbditos, los cuales le anatimizaban como cristiano de corazón, y como pagado por los monarcas españoles; y una vez que llegó á convertirse en abierta rebelion lo que antes era sólo descontento, fué por él apagada con tal severidad, que arrancó el consen-



timiento, mejor dirémos, una sombría aquiescencia de todos hácia un gobierno, degradante sí, pero cuya existencia estaba, al ménos por algun tiempo, asegurada.

Miéntas el campo se hallaba delante de Baza, se recibió en él una embajada singular del soldan de Egipto, cuya mediacion en su favor para con los soberanos españoles habian solicitado los moros de Granada. Dos frailes franciscanos, miembros de una comunidad religiosa de Palestina, fueron los portadores de los despachos, en los cuales, despues de reprenderse á los soberanos por su persecucion contra los moros, se ponía esta conducta en contraposicion en la proteccion uniformemente concedida por el soldan á los cristianos que en sus dominios residian. La comunicacion concluía con la amenaza de tomar represalias en estos últimos con igual dureza, si los soberanos no desistían de sus hostilidades contra Granada.

Desde el real, pasaron los dos embajadores á Jaen, en donde fueron recibidos por la reina con toda la deferencia y consideraciones debidas á su estado religioso, cuya santidad parecia aumentarse por el lugar en que desempeñaban su ministerio. El amenazador contenido de los pliegos del soldan no tuvo, sin embargo, fuerza bastante para apartar de sus propósitos á don Fernando y doña Isabel, los cuales contestaron, que ellos habian observado constantemente la misma política respecto á sus súbditos mahometanos que la que respecto á los cristianos siguieran; pero que no podian tolerar por más tiempo el que su antigua y legítima herencia se viese en poder de extranjeros, y que si éstos consentían en someterse á su gobierno, como súbditos buenos y leales, experimentarían la misma bondad paternal que hácia sus hermanos; que así lo habian hecho se habia manifestado siempre. Con esta respuesta, los reverendos embajadores se volvieron á Tierra Santa, acompañados de señales positivas del favor real, que consistieron en una pension anual de mil ducados que la reina concedió á su monasterio para siempre, y en un velo ricamente bordado, obra de sus manos, para que se pusiera sobre el Santo-Sepulcro. Los monarcas, despues, enviaron inmediatamente al erudito Pedro Már-

tir, como su embajador, á la córte musulmana, á fin de que explicase más extensamente su conducta, y evitase cualquiera desastre que á los cristianos residentes en ella pudiera sobrevenir.

El sitio, en el entretanto, proseguía con ardor, ocurriendo diariamente escaramuzas y combates singulares entre los bravos campeones de ambas partes; si bien D. Fernando miraba con disgusto estos encuentros caballerescos, queriendo reducir sus operaciones á un sistema de bloqueo riguroso, y deseando evitar, al mismo tiempo, toda inútil efusion de sangre, máxime cuando la ventaja quedaba comunmente en ellos del lado del enemigo, cuya táctica peculiar se adaptaba mejor que la de los cristianos á este modo de guerrear. Los sitiados, aunque iban ya trascurriendo algunos meses, rechazaron con desprecio cuantas invitaciones se les hicieron para que se rindiesen, porque confiaban en sus propios recursos, y más todavía en la tormentosa estacion del otoño, que ya se aproximaba, y que si no hacia levantar inmediatamente el campo, cortaría al ménos, inundando los caminos, toda comunicacion que éste pudiera tener con los países comarcanos.

Para evitar estos males que amenazaban, hizo D. Fernando edificar más de mil casas, ó más bien cabañas, con paredes de tierra ó arcilla, y techos de madera y tejas; y el comun de los soldados se construyó chozas por medio de empalizadas, cubiertas simplemente con ramas de árboles, á modo de tejado. Concluyóse esta obra en cuatro días; y los habitantes de Baza contemplaron absortos aquella ciudad de sólidos edificios, con sus calles y plazas en regular alineacion, que como por encanto habia brotado de la tierra, que antes se hallaba cubierta con las ligeras y aéreas tiendas del campamento. Esta nueva ciudad fué perfectamente abastecida, gracias á la diligente prevision de la reina, no sólo con los artículos de necesidad, sino tambien con los de regalo y comodidad para la vida, y á ella acudian como á una feria los mercaderes de Aragon, Valencia, Cataluña y aun de Sicilia, cargados de ricas mercancías, y de joyas y otros géneros de lujo, de aquellos que, segun el lenguaje de amarga re-